

HISTORIOGRAFÍA Y VIDA CIVIL. CONTRIBUCIÓN A UN DEBATE¹

per

*Vincenzo Ferrone, Massimo Firpo, Giuseppe Ricuperati,
Edoardo Tortarolo²*

La profunda crisis que atraviesa el país, los múltiples y graves problemas que súbitamente han estallado ante nuestros ojos, y el sustancial silencio (en cierto modo incluso oportuno) que sobre estas cuestiones han guardado hasta ahora los historiadores, hacen del tema central de este encuentro un asunto particularmente estimulante, capaz de reactivar con premisas nuevas la discusión sobre el sentido no meramente erudito o científico del trabajo que desempeñamos. Hoy ha recobrado vigencia, en toda su lúcida sencillez, la exhortación de Alphonse Dupront a *preguntarnos, como hombres de buena fe, por la pureza de lo que hacemos y los fines a los que servimos*. Los historiadores han dejado de ser los influyentes rapsodas de la nación y su destino, y ante los desagradables incidentes que las crónicas periodísticas sacan cotidianamente a la luz, hasta los mensajes que emiten en su calidad de guardianes de las numerosas tradiciones civiles y culturales de este país parecen poco creíbles. Esto guarda relación, probablemente, con el hecho de que hasta épocas bastante cercanas se ha abusado del pasado como coartada del presente, utilizándose el rancio abolengo de la historia para legitimar juicios y prejuicios destinados a avivar la identidad cultural y el papel político de *historiadores oficiales, de partido o de área*, y en algunos casos, desde luego, para justificar penosos naufragios en los pequeños o grandes juegos de poder en los que la política y el mismo país han terminado perdiendo su

¹ Edición original en *Studi Storici*, 35-1 (1994). Traducción del italiano por José M^a Cruselles.

² Este texto fue presentado y debatido en un seminario de la Fondazione Feltrinelli que tuvo lugar en Cortona el 6 de noviembre de 1993 y estuvo dedicado a cuestiones de método. Con esta intervención se pretendió abrir un debate entre los historiadores sobre un tema que, sin duda, es de importancia capital para quienes practican esa difícil profesión [Nota de los autores].

identidad. El rápido cambio del contexto histórico, el fin de contraposiciones políticas que inmediatamente eran trasladadas al ámbito de los mensajes culturales y del reconocimiento del pasado, el agotamiento de ideologías que, con todo, generaron experiencias importantes y enriquecieron el debate intelectual, nos han dejado un sentimiento general de desorientación y precariedad, pero también ofrecen nuevas oportunidades de reflexión que sería erróneo desaprovechar.

Por nuestra parte, con toda humildad y sabedores de la extrema complejidad de los problemas relacionados con esta cuestión, sólo pretendemos señalar algunos puntos que nos parecen ineludibles para una discusión provechosa. Nuestro único propósito es tomar en consideración algunos de los factores constitutivos de la crisis general de identidad que padece el oficio del historiador, y por consiguiente su papel en la sociedad civil, para trazar después ciertos presupuestos mínimos que, en nuestra opinión, pueden ayudar a recomponer una comunidad científica con reglas compartidas, abierta al debate y, en cuanto capaz de plantearse el problema de su vínculo con la *vida civil*, programáticamente ajena a una lógica puramente (micro)corporativa. En definitiva, la crisis debe ser aceptada como tal para que los historiadores puedan redefinir su propia función sin recaer en los errores del pasado, asumiendo la necesidad de trasladar su identidad como colectivo desde la ética de la pertenencia y de la convicción a la de la responsabilidad. El hecho de que en este encuentro se hayan reunido sobre todo historiadores de la época moderna, puede en cierta medida contribuir, pese a las artificiosas delimitaciones que comporta, a limitar un terreno de debate más ceñido a nuestras prácticas historiográficas, menos condicionado por la contemporaneidad, más sujeto a verificaciones concretas: y quizás esto no sea malo.

1. *Un intento de definir la morfología de la crisis.* a) Se ha aludido ya a la crisis de las ideologías que durante decenios inspiraron (para bien o para mal) la historiografía italiana. Desde este punto de vista, nos parece oportuno señalar que la pérdida de identidad del marxismo como ideología de referencia de la izquierda (aunque sea en una parte relativamente limitada, la modernística italiana se ha identificado con una rigurosa ortodoxia marxista) ha afectado en realidad a las mismas tradiciones culturales laicas y católicas, que corren el riesgo de perder los fundamentos de su identidad en el cambiado panorama ideológico e internacional. Al mismo tiempo, la crisis del socialismo real y de sus ideologías de referencia no significa sin embargo la desaparición de algunas de las profundas exigencias éticas que presidieron no sólo elecciones personales de campo y filiación política, sino también la preeminencia de temas y problemas históricos que sería absurdo no relacionar con determinados sistemas de

valores. Como resulta evidente, por trivial que sea ésta observación, ninguna forma de impulso ideológico constituye por sí misma una cortapisa en el ámbito historiográfico, con tal de que se formule explícitamente y no conlleve distorsiones arbitrarias en materia filológica. De hecho, sería un disparate desconfiar maliciosamente —en virtud tan sólo de los evidentes parámetros ideológicos que sustentan la elección misma de los problemas— del significado y el valor de las investigaciones de Furió Díaz y Franco Venturi sobre la cultura iluminista, de Paolo Prodi sobre la Reforma católica, de Rosario Villari sobre la revuelta antiespañola de Nápoles, por no traer a colación a maestros de generaciones anteriores como Volpe, Omodeo, Chabod, Cantimori y el propio Croce. Naturalmente, es muy sencillo advertir con toda claridad los condicionamientos ideológicos de quienes nos han precedido, quedando inermes ante los propios, que se resisten a ser reconocidos como tales desde el momento en que tienden a ser experimentados como elecciones morales. En otros términos, el problema debe abordarse en toda su complejidad, huyendo tanto del encastillamiento en las estériles certezas del pasado, como de una especie de euforia de libertad que puede quedarse tan sólo en la apresurada legitimación de la última moda historiográfica.

b) Pero quizás más sutil en sus efectos concretos sobre la práctica historiográfica, resulta la ya patente crisis epistemológica que invade desde hace tiempo la investigación histórica, hasta el punto de poner en duda los fundamentos mismos del conocimiento del pasado. Un nuevo pirronismo, de parámetros más o menos conscientes y resultados más o menos devastadores, ha contribuido notablemente a cercenar las reglas, discursos y mecanismos de comprobación de la comunidad científica de los historiadores. Se trata de una crisis epistemológica desarrollada de manera progresiva en los años setenta y ochenta, que obliga a repensar y cuestiona, por ejemplo, las fronteras entre la *nouvelle histoire* y las formas más tradicionales de la historia. La crisis del modelo historiográfico de los *Annales* y de su generosa ambición de hacer de la historia una ciencia social aglutinante respecto a disciplinas como la geografía, la sociología, la economía y la antropología (Braudel, Goubert, Le Roy Ladurie, etc.), que ha llevado incluso al abandono de los antes privilegiados campos de la cuantificación, de las estructuras, de la larga duración, y al intento de redescubrir la historia de la cultura, de las mentalidades y hasta la historia intelectual (Roche, Chartier), reabre antiguos problemas, replantea debates que parecían ya agotados, llegando a enunciar de nuevo el carácter insoslayable de las categorías políticas y del acontecimiento. Pero aún resulta más insinuante el desafío planteado por la hipótesis narratológica (White) y por la que reduce el conocimiento del pasado a un fenómeno meramente lingüístico y retórico, negando de raíz el propio concepto de verdad histórica y por

tanto el control mismo del discurso histórico como práctica científica; o bien por las consecuencias de la crisis del modelo hipotético-deductivo como elemento unificador de todas las ciencias, incluida la historia, y por el surgimiento de otros modelos como el probabilista.

c) Pero junto a los que podemos considerar como motivos culturales de la crisis de identidad que sufre la comunidad de los historiadores, existen causas sociales e institucionales que no debemos menospreciar. Señalaremos aquí algunas de las más obvias y notorias, cuyo análisis detallado sería conveniente realizar en otra ocasión a fin de descubrir errores e intentar delimitar las responsabilidades principales de cuanto ha sucedido: la mengua de una necesidad colectiva de la historia que en el pasado benefició sobre todo al sector contemporaneístico, si bien dio al conjunto de los historiadores un firme sentido de su propia identidad y función, así como una proyección política que por desgracia tal vez haya sido traicionada por improvisaciones y diletantismos a la hora de dar respuesta al actual desarrollo de la universidad de masas; el crecimiento disgregador de la comunidad de los historiadores, que no solamente ha incrementado la producción científica (alcanzando en algún caso formas de verdadera e incontrolable hipertrofia), sino que también ha puesto en entredicho los criterios de valoración, selección y reclutamiento; la pérdida del papel social del profesor universitario y del historiador en tanto custodios de la memoria de la colectividad, que ha supuesto el debilitamiento de la propia conciencia civil y política, cuya recuperación parece pasar por una especie de fuga profesional hacia los *mass media*, una divulgación a menudo trivial, una *notoriedad* y un éxito personal que en algún caso—sobre todo cuando se revelan los celos y veleidades que lo atraviesan— ha superado los límites del más grotesco impudor.

d) Todas las cuestiones que hasta aquí hemos intentado esbozar sumariamente nos conducen a la conclusión de que la creciente fragilidad de los canales de comunicación tendidos entre historiografía (moderna) y vida civil es achacable ante todo a la comunidad científica, que hoy se muestra profundamente disgregada y atomizada, hasta el punto de que en muchos aspectos resulta verdaderamente difícil reconocerla como tal. Dentro de ella parecen, en efecto, haber sido liquidadas sustancialmente las premisas que definen una comunidad científica, es decir, el reconocimiento de un campo operativo común, de criterios de veracidad y mecanismos de verificación compartidos por todos sus miembros, de canales plausibles de comunicación con el exterior, de procedimientos autónomos de formación y reclutamiento: en resumidas cuentas, de un lenguaje común que permita salir de la actual torre de Babel, de la incomunicación entre grupos, de la desastrosa contraposición de los nuevos sectarismos metodológicos, a menudo más sectarios que los antiguos enfrentamientos ideológicos.

e) Tras estas consideraciones, tal vez sea el momento adecuado para apuntar un balance crítico de la modernística italiana de las últimas décadas a la luz de la profunda crisis en que se encuentra sumida. Lejos de estimular fermentos y procesos de desarrollo, los motivos de desacuerdo que todos conocemos parecen incentivar únicamente la disgregación, la renuncia a delimitar terrenos comunes de discusión, de debate, de intercambio. Sólidas tradiciones culturales, como por ejemplo la historia intelectual y cultural, han establecido relaciones con algunas de las grandes experiencias culturales de la historiografía contemporánea no sólo con retraso, sino con desgana y a veces engreimiento por los propios éxitos, condicionando hastíos, usuras e incluso rechazos. Por otro lado, problemas y tendencias programáticamente innovadoras como la historia social, han renunciado a los grandes proyectos: en este sentido, valdría la pena preguntarse por qué la historia social italiana, en sus múltiples acepciones, ha elegido preferentemente –y de manera cada vez más acentuada en los últimos años– los caminos de la microhistoria en vez de las grandes monografías, las síntesis ambiciosas inspiradas en las experiencia historiográficas de Bloch y Febvre, y más tarde de Braudel, Le Roy Ladurie, Goubert, Vilar, etc.; por qué estudios de alto nivel como, por ejemplo, los de Pasquale Villani sobre el Reino de Nápoles, no han producido secuelas a la altura del modelo; por qué la historia económica italiana ha quedado tan a menudo reclusa en la especialización, sin probar ni proponer diálogos constructivos; por qué, en otras palabras, la innovación metodológica se ha cerrado tan a menudo sí misma, sin producir algún ensanchamiento efectivo de la problemática y el conocimiento históricos. Las respuestas son múltiples y no es éste el lugar adecuado para abordar la cuestión en toda su complejidad; pero no será del todo inútil proponer una clave de lectura que quizás pueda contribuir a esclarecer algunos de los puntos oscuros antes referidos.

Creemos que una primera hipótesis nacería de la constatación de que cuando existe una tradición historiográfica consolidada en torno a problemas determinados, a una memoria selectiva largo tiempo rumiada, a los puntos ineludibles de la historia de Italia y a la identidad cultural de los historiadores, la dimensión innovadora que procede del ámbito metodológico corre el riesgo de no interaccionar con semejante tradición, transitando ambas por sendas paralelas e incomunicadas, sin que una fecunde a la otra ni se deje fecundar por ella. A una tradición que renuncia a tomar el camino de la innovación, corresponde una innovación que desiste de encontrar las causas del continuismo y los fundamentos de un discurso que pueda ser asumido en común: de ahí las disputas estériles y los encastillamientos antagónicos. Si, por poner un ejemplo, el Ginzburg de los *Benandanti* conseguía introducir de manera inteligente nuevos métodos e interrogantes en un tema tan consolidado historiográficamente como el del radicalismo herético, aportando

una relevante contribución al estudio de un problema vinculado a la historia general de Italia, por el contrario no pocos de los más recientes estudios surgidos de la por otro lado dinámica experiencia historiográfica de los *Quaderni Storici*, parecen haber errado al menos parcialmente dicho objetivo. La innovación metodológica no se ha correspondido con la capacidad de intervenir en las grandes cuestiones de la historiografía nacional, renunciando programáticamente a afrontar aspectos importantes de la historia institucional, cultural y política, hasta el punto de privar tal vez a la propia historia social de puntos de referencia imprescindibles. Cuando al cabo la innovación metodológica, ondeando el tan mítico como obvio paradigma indiciario, y acaso encubriendo tras barrocas sutilezas su sustancial fragilidad filológica y ética, ha tratado de abordar un tema de la historiografía nacional tan importante como el caso Galileo, el resultado no ha sido más que un ejemplo de como no debe hacerse la investigación histórica. Una solución posible a este *impasse* entre tradición e innovación vendría de afrontar resueltamente, con nuevos métodos y cuestiones, los grandes temas que han delineado los perfiles de la historiografía italiana, conformando su armazón, marcando la continuidad de su discurso y constituyendo la trama que sustenta la relación entre el pasado y el presente. Ciertamente no es tarea fácil, pues requiere enfrentarse a resistencias y prejuicios cristalizados, a esquemas obsoletos e incapaces de generar nuevas perspectivas, al tiempo que exige repensar los conceptos generales, las periodizaciones, las complejas articulaciones del pasado. Pero, de momento, parece oportuno no traspasar este umbral.

2. Hipótesis mínimas para una recomposición de la comunidad científica.

Nos parece importante, en este punto, plantear el problema de cuáles puedan ser las mínimas condiciones necesarias para lograr la recomposición de la comunidad científica de los historiadores y la reactivación de sus canales de comunicación con la sociedad civil, sin los cuales carecería de sentido hablar de la identidad social y política de los historiadores.

a) Ante todo, parece indispensable partir del concepto mismo de crisis, de su aceptación consciente, para activar mecanismos de análisis y de debate que reabran el diálogo, o al menos la búsqueda de un lenguaje común entre experiencias historiográficas que, aunque dispares y acaso antitéticas, adviertan la necesidad de no encerrarse en sus propias y precarias certezas, en un narcisismo autocomplaciente de lo viejo o de lo nuevo, para redefinir tanto los espacios y perfiles del debate como las reglas elementales del proceder científico, tratando eventualmente de reconocer el posible papel que en tal sentido jugaría la historia de la historiografía, entendida sobre todo como examen consciente de la historicidad de nuestro oficio de historiadores.

b) Sin duda, es preciso partir del presupuesto de que la restauración de una legalidad científica en nuestra disciplina se fundamenta en lo que Arnaldo Momigliano definió como el problema de la búsqueda de la verdad por parte de los historiadores. Ya el primer Croce, aun definiendo la historia dentro de la categoría del arte, advertía la necesidad de distinguir entre arte como representación de lo posible e historia como representación de lo realmente sucedido: problema de una evidente e infinita complejidad que aquí sólo nos limitaremos a apuntar, pese a que constituye el meollo mismo de la actual crisis, cuyas razones profundas, antes éticas que filosóficas, hace patentes. Lo único que nos parece necesario destacar es nuestra profunda convicción de que el estatuto epistemológico del conocimiento histórico no puede y no debe prescindir de la percepción de la naturaleza compleja del documento, de su carácter intrínsecamente hermenéutico, aunque sin llegar a aceptar la propuesta destructiva avanzada de los deconstructivistas. La no objetividad del pasado como representación no exime, en definitiva, del respeto a la búsqueda de la verdad como elección moral y, por consiguiente, del respeto no sólo por los muertos, sino también por los vivos.

c) Ya que la vitalidad de una comunidad científica pasa por activar mecanismos permanentes de relación tanto hacia el interior como hacia el exterior, nos parece útil que la compartimentación geográfica y temática de las investigaciones históricas particulares reasuma la necesidad de someterse a lógicas de conjunto, a intereses históricos (y no meramente sociológicos o antropológicos). Intereses que pueden llegar a coincidir en lo que respecta a los problemas generales, y por consiguiente a imponer a las distintas historiografías regionales (cuestión particularmente relevante para la historia italiana) una comunicación recíproca, apartándolas del neopositivismo implícito (aunque a menudo enmascarado tras refinadas coartadas metodológicas) en una asfíctica historia local, y reconduciéndolas hacia un debate plural y abierto al mundo más vasto de la investigación histórica nacional e internacional.

d) Desde esta perspectiva, es necesario esforzarse en devolver un papel y una función colectiva a las grandes revistas históricas, testimonio ellas mismas de la actual crisis, que les permita recuperar su carácter de lugar de discusión, de opinión, de control filológico de cuanto se produzca en el mundo de la investigación histórica, revalorizando tal vez el antiguo arte de la recensión (extraviado entre la perezosa indiferencia, la prudencia académica y el oportunismo) como instrumento de comprobación argumentada de los métodos y resultados de la investigación.

e) La crisis del historiador como intelectual universal replantea finalmente su papel en las instituciones, tanto en su actuación interna hacia la corporación como en la dirigida hacia el exterior (la universidad, la escuela, la enseñanza). En este

sentido, se observa la necesidad de replantear el problema general de las formas de reclutamiento en todos sus niveles, desarrollando criterios y normas de actuación comunes y públicamente contrastables que intenten poner freno a la marea de arbitrariedades, localismos y clientelismos que amenaza con anegar nuestra disciplina, rehusando acomodarnos de manera fatalista a usos tan denostados como practicados, y comprometiéndonos en la elaboración y propuesta de mecanismos de transparencia y control colectivo que reintroduzcan en la *praxis* vigente la lógica de la responsabilidad por parte de un profesorado que también en las oposiciones –como en la docencia y en los exámenes de curso y licenciatura– se ciña escrupulosamente a su carácter de funcionario público. Finalmente, sería provechoso abrir un amplio debate acerca de la función y utilidad social de la enseñanza de la historia en relación con las diversas profesiones, al que deberían contribuir las diferentes facultades y cursos de licenciatura en que actualmente se imparte, intentando asimismo abrir vías de participación e intercambio con la sociedad civil (con la enseñanza secundaria, por ejemplo, en lo que concierne a las facultades de letras y filosofía).

Estas son, a nuestro juicio, las cuestiones cuya discusión debe retomarse y desarrollarse, teniendo plena conciencia de la crisis actual, pero también con la voluntad de afrontarla de manera positiva y de no abandonar el debate.